

EN EL CORAZON DEL TRASTEVERE

Por el Folk Studio pasan, al cabo del año, cuantos se interesan en.

Roma por la auténtica música de raíz popular.

Cantantes y músicos del mundo entero se dan cita en este local que, fundado hace sólo tres años, se ha convertido en uno de los lugares más frecuentados por el sector de la juventud que ha hecho del Trastevere su cuartel general. Harold Bradley —a la derecha—, americano residente en Roma, es su animador...



FOLK STUDIO

UN SANTUARIO DEL FOLKLORE INTERNACIONAL



ROMA, como todas las grandes ciudades del mundo, ve evolucionar los lugares de diversión, que se van adaptando no sólo a los cambios que se experimentan en el arte musical, sino también a las necesidades de esos grupos específicos que surgen en todas partes formados por artistas jóvenes e inconformistas, nunca sobrados de SIGUE



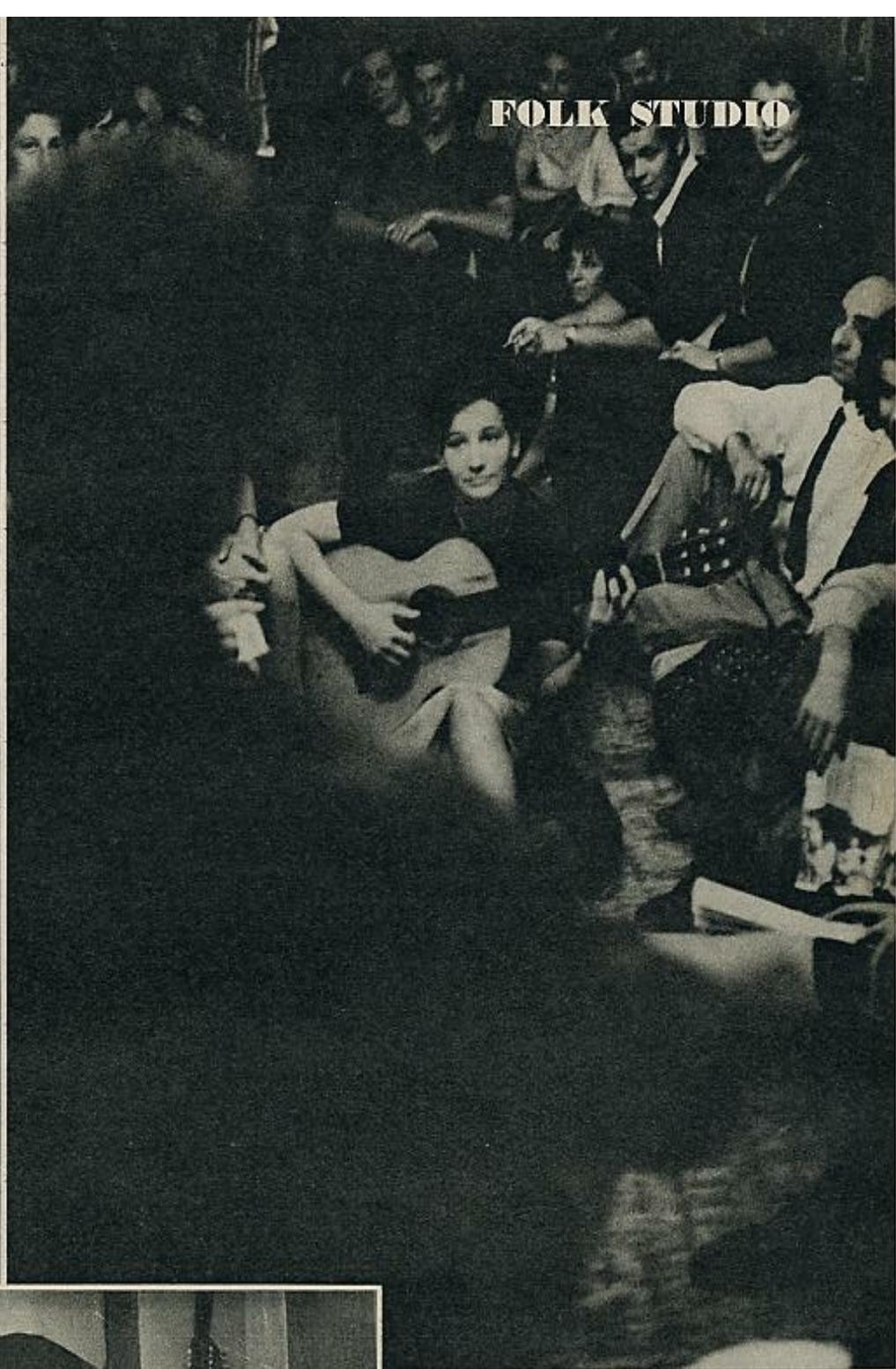
dinero, que generalmente se reúnen en un barrio determinado. El barrio de Trastevere es el que en la capital italiana se ha convertido en el equivalente de lo que hoy es el Village neoyorquino o de lo que en su época dorada fue el Montparnasse parisino. Y en el corazón del Trastevere se encuentra el Folk Studio, frecuentado por una población cosmopolita compuesta por artistas triunfadores o fracasados, estudiantes y «snobs» que consideran que, hartos ya de los lugares que durante años han constituido el centro de la «dolce vita» romana, ha llegado el momento de buscar nuevos campos de evasión. Fundado hace tres años solamente por un americano de color que reside desde hace tiempo en Italia, el Folk Studio se ha convertido rápidamente en un lugar por el que, más pronto o más tarde, acaban pasando los cantantes que cultivan la música auténticamente popular de los diferentes países, y que por una u otra razón se encuentran en Roma.

Harold Bradley, el fundador del club, está casado con una encantadora mujer blanca, de la que tiene dos hijos, y para completar el presupuesto familiar actúa con regularidad en películas

«de romanos», ya que el Folk Studio, a pesar de haberse convertido en un lugar prestigioso, no es todavía un negocio demasiado rentable. Además de los artistas espontáneos, que acuden allí a interpretar sus bailes o canciones, cuenta con otros músicos fijos, en nómina, y con una serie de gastos generales... El local, decorado con gran simplicidad, que no excluye el abigarramiento en ciertos rincones, es estrecho y largo, con una sala de exposiciones al fondo, y no se diferencia demasiado de los locales de tipo similar que existen en otras ciudades: en sus paredes hay carteles de teatro, cuadros abstractos, poemas de vanguardia; hay poca luz y el ambiente está siempre cargado de humo y de murmullos de conversaciones en todas las lenguas. Las canciones populares alternan con la mejor música de jazz, y en una misma noche puede escucharse flamenco, baladas de los trovadores franceses e ingleses, cánticos sicilianos o sardos o blues americanos. El único criterio de discriminación es el de la autenticidad. Todo ello enlaza con una corriente internacional de vuelta a las fuentes de la música popular, adulterada por siglos de mixtificación y comercialización. Cuando incluso en las manifes-



Jóvenes de todos los países —estudiantes, artistas, snobs— van al Folk Studio a dar a conocer la música de su tierra. Bradley los recibe a la puerta de su «casa» y hace su presentación. Arriba, a la izquierda, vemos la actuación de un grupo musical de Trinidad; a la derecha, María Teresa Bulciolu interpreta canciones de Cerdeña, y abajo, a la derecha de estas líneas, dos españoles dan una audición de flamenco.



taciones más abiertamente ramplonas de la música se acude a la coartada de la «inspiración popular» es lógico que surjan, en los países que a ello dan margen, centros de reunión como éste de Roma, en los que se intente poner al día lo que de verdad lleva el marchamo popular.

La canción, hoy, en los países culturalmente avanzados, está adquiriendo cartas de nobleza que hasta hace muy poco tiempo se le habían negado en función de su pretendida frivolidad. Y la difusión de lo que verdaderamente válido se ha hecho en este terreno a través del tiempo es una tarea importante, que debería contar con más personas de las que hoy se dedican a ella. En nuestro país, concretamente, tan rico en tradiciones musicales, se abre un extenso campo para esta serie de actividades que hasta hoy —salvo en el dominio específico del flamenco— no ha sido cultivado. Y es seguro que, si alguien lo intentara, se vería acompañado por el éxito.

(Fotos de F. C. CRISPOLTI)